

# “Una expresión del atraso”

## La arquitectura de la Puna de Atacama en las descripciones de viajeros, científicos y funcionarios a comienzos del siglo XX



**Jorge Tomasi**

CONICET - Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad de Buenos Aires  
jorgetomasi@hotmail.com

Enviado: 19/7/2015. Aceptado: 30/9/2015.

### Resumen

La literatura de viajeros se ha convertido en los últimos tiempos en un material privilegiado en el estudio de las representaciones geográficas. La Puna de Atacama fue un área densamente recorrida y descripta especialmente a finales del siglo XIX, cuando estuvo controlada por Chile, y en las primeras décadas del siglo XX, con su incorporación a la Argentina. Los relatos de estos viajeros, funcionarios y científicos se constituyeron en poderosas herramientas para la creación de imaginarios funcionales a los intereses de los estados a los que pertenecían. En este trabajo se analizarán los textos de algunos de estos viajeros con la mirada puesta en las observaciones que realizaron sobre la arquitectura doméstica puneña. De este modo se podrán considerar los estrechos vínculos existentes entre los discursos sobre el ambiente, la población y la arquitectura.

### Palabras clave

*Puna de Atacama  
Arquitectura doméstica  
Literatura de viajeros*

### “A picture of backwardness”

**The architecture of Puna de Atacama in the descriptions by travellers, scientists and government officials at the beginning of the XX century**

### Abstract

Travel literature has recently become key reading material in order to study geographical representations. The area of Puna de Atacama was densely visited and described, mainly by the end of the XIX Century, during the Chilean control, and in the first decades of the XX Century with its incorporation to Argentina. The accounts provided by these travellers, government officials and scientists became powerful tools for the creation of an imaginary functional to the interests of the States they belonged to. The aim of this paper is to analyse the texts written by some of these travellers, focusing on their observations regarding domestic architecture. Thus, existing close links among the discourse on the environment, population and architecture shall be observed.

### Key words

*Puna de Atacama  
Domestic Architecture  
Travellers Literature*

## “Una expresión de l’arriéré” L’architecture de la Puna d’Atacama dans les descriptions des voyageurs, des scientifiques et des fonctionnaires aux débuts du XXème siècle

### Résumé

**Mots clés**  
*Puna d’Atacama*  
*L’architecture domestique*  
*Littérature des voyageurs*

La littérature des voyageurs est devenue une source privilégiée pour l’étude de représentations géographiques dans ces derniers temps. La Puna d’Atacama a été une région amplement parcourue et décrite, en particulier vers la fin du XIXème siècle quand elle se trouvait sous contrôle chilien, et dans les premières décennies du XXème quand elle fut incorporée a l’Argentine. Les récits de ces voyageurs, fonctionnaires et scientifiques se sont constitués dans des outils puissants pour la création des imaginaires fonctionnels aux intérêts des États auxquels ils appartenaient. Dans ce travail on analysera les textes de certains de ces voyageurs, en s’intéressant particulièrement aux observations qu’ils ont fait sur l’architecture domestique de la Puna. De cette manière on pourra considérer l’existence des liens étroits entre les récits concernant l’environnement, la population et l’architecture.

### Introducción

A partir de las últimas décadas del siglo XIX, la Puna de Atacama comenzó a ser recorrida, reconocida, descripta, cuantificada y adjetivada por múltiples viajeros de distintas formaciones, financiamientos e intereses. En especial desde su incorporación a la Argentina en 1900, esta área se presentó como un espacio desconocido que necesariamente debía ser “alumbrado”. Los viajeros cumplirían precisamente con la función de generar un conocimiento sobre ese espacio que permitiera crear políticas de Estado, pero también despertara la imaginación de quienes los leían. En este sentido, todos ellos fueron gigantes productores de imágenes sobre aquel lugar “desierto”. Narrar un espacio, describirlo y medirlo, constituye, en palabras de Andermann (2000), una “toma simbólica de posesión del espacio”.

Son precisamente los relatos de algunos de estos viajeros los que nos interesa analizar a lo largo de este trabajo. La temática de quienes transitaron por la Puna de Atacama ha sido tratada ya por otros investigadores (por ejemplo, Benedetti, 2003; Castro, 2007) y desde sus aportes partiremos. Nos interesa, sin embargo, enfocarnos en un punto particular dentro de los textos: sus miradas sobre la arquitectura doméstica puneña. Un repaso sobre cualquiera de estas narrativas nos muestra cómo constituían, junto con el medio físico, los pobladores y las lógicas productivas, uno de los puntos recurrentes en las descripciones. ¿Por qué era la arquitectura tan significativa para estos viajeros? ¿Qué era lo que esperaban mostrar al describirla? ¿Cómo se articulaban en sus relatos las descripciones arquitectónicas con las de otros aspectos de la vida puneña? Estas son algunas de las preguntas que orientan el recorrido de este trabajo.

Propondremos que existió una continuidad, una vinculación estrecha, a través de una relación de causa-consecuencia, en las imágenes que estos viajeros generaron sobre el ambiente puneño, la población y su arquitectura. Ciertamente, las referencias a esta última no eran para nada ajenas a los intereses de la geografía europea de la época y es posible entrever una influencia en los intereses y aproximaciones teóricas de estas geografías en los puntos de vista de dichos viajeros. Basados mayormente en

el determinismo ambiental, las narrativas enfatizaban la idea del primitivismo de la población como consecuencia de la vida en un espacio estéril y aislado, y la arquitectura doméstica como su expresión material. Ni la Puna, ni su población podían entrar en el imaginario de una Argentina que se pensaba, construía y soñaba con la mirada en Europa y con un modelo básicamente agroexportador de pampa húmeda. Como propuso Benedetti (2005), se trataba en definitiva de un territorio puneño dentro de un país que se soñaba pampeano.

Dentro del proceso de expansión territorial argentino de finales del siglo XIX, la Puna de Atacama fue la última en convertirse en un territorio bajo control de este Estado. Sin embargo, este no era el primer cambio jurisdiccional que había tenido. En 1825, con la independencia de Bolivia, todo el territorio de lo que hasta ese momento había sido el Corregimiento de Atacama pasó a formar parte de ese país dentro de la provincia de Atacama. En 1884, en el marco de la Guerra del Pacífico el área fue ocupada por Chile formándose en 1888 el Departamento de Antofagasta. Recién en 1900, luego de un laudo arbitral estadounidense, fue incorporada la mayor parte de la Puna de Atacama a la Argentina y convertida en un nuevo Territorio Nacional bajo el nombre de Los Andes, estableciéndose la capital en San Antonio de los Cobres (Figura 1). A diferencia de lo que ocurrió con el resto de los Territorios Nacionales en la Patagonia o el Chaco, Los Andes no llegó a convertirse en una provincia, siendo disuelto en 1943 y dividido entre las provincias de Jujuy, Salta y Catamarca. La particularidad de esta incorporación es que la Argentina nunca había demostrado demasiado interés sobre esta área, ni tampoco había generado políticas activas para lograr su incorporación (Benedetti, 2005). Si en otros casos el Estado argentino se embarcó en cruentas campañas de conquista, en la Puna de Atacama se trató mayormente de un "éxito diplomático". Sin que dejara de ser un área periférica, desde los primeros años posteriores a la anexión, se comenzó a generar una serie de políticas estatales con las que se pretendía que la Puna se incorporara a una nación que era vista "como una unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible" (Segato, 2007: 49).

## Desplazamientos, encuentros y producción de espacios

El estudio de los relatos producidos sobre el territorio por los viajeros formó parte de los intereses de la Geografía Histórica, fundamentalmente a partir de las influencias de las geografías poscoloniales que le "habrían permitido historizar e incorporar el estudio de las representaciones a los procesos estudiados en dicho campo" (Zusman, 2006: 171). Es a partir de estos aportes que "se otorga relevancia al estudio de las representaciones geográficas, es decir, a un conjunto de imágenes sobre los trópicos o los desiertos, sobre las sociedades, sobre las formas de organización política, sobre las mujeres y los hombres del mundo" (Zusman, 2006: 177). Los relatos de estos viajeros eran parte de un proceso de producción de geografías coloniales que, a su vez, estaban relacionadas con el contexto político de un momento histórico. Los relatos se constituyen como un camino posible de análisis del modo en que se producían ciertas imágenes que participaban de la construcción de un territorio funcional a los intereses del Estado, justificando al mismo tiempo las intervenciones posteriores. La recolección de información adecuada era una condición necesaria para el desarrollo de nuevas estrategias de control territorial (Krotz, 1988). Tal como planteó Andermann, se "nacionaliza mediante imágenes estéticas el espacio tras haberlo sometido a un interrogatorio utilitarista" (2000: 123).

Debemos partir de entender al desplazamiento "como una práctica social y no solo como 'ese trámite indispensable para alcanzar un destino'" (Zusman *et al.*,

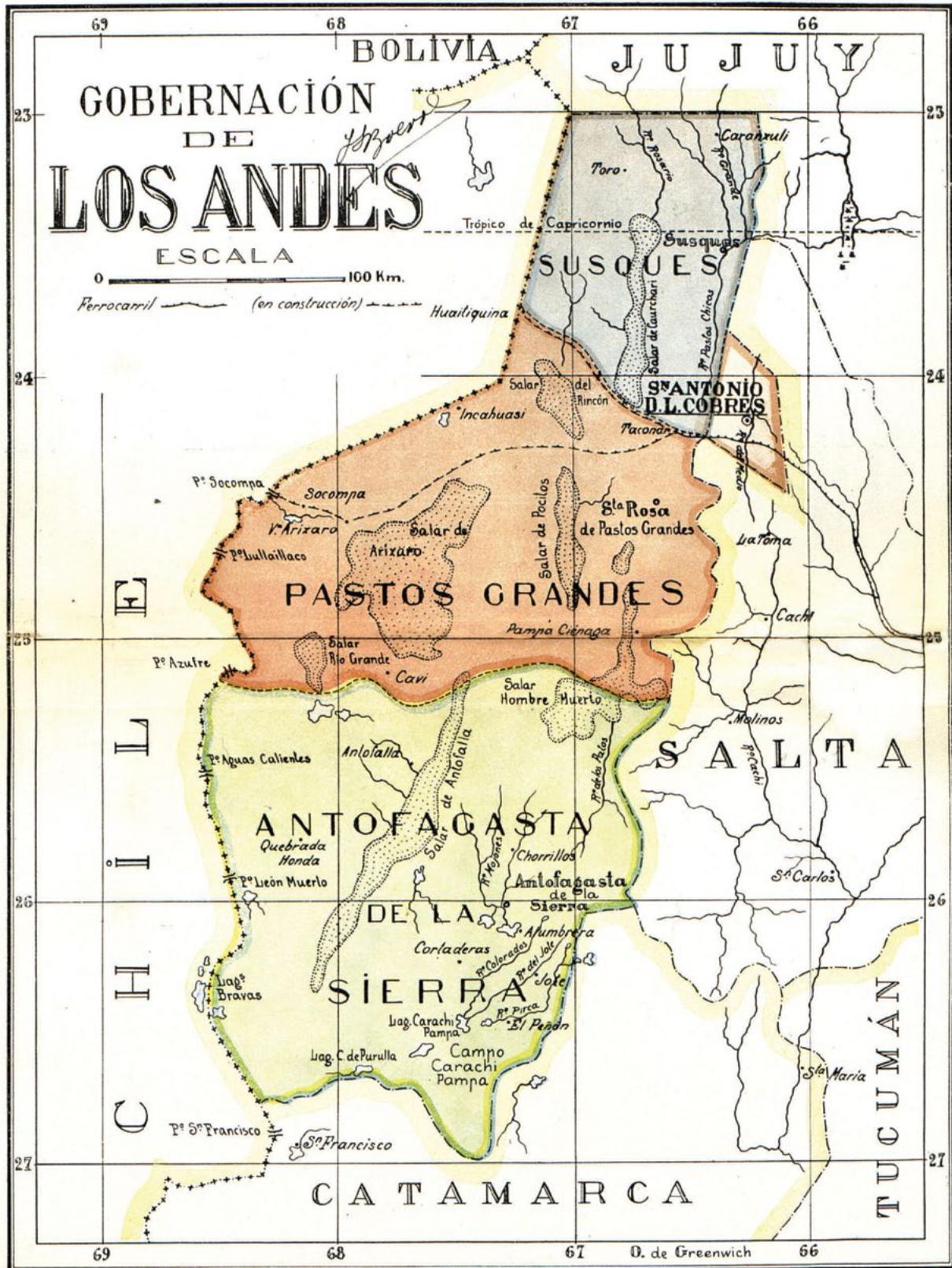


Figura 1. Mapa del Territorio Nacional de Los Andes, con su división departamental (Boero, 1941). Gentileza Alejandro Benedetti.

2007: 10). Como veremos, efectivamente, es el recorrer, más que la estadía, lo que se subraya en los relatos, el observador aparece habitualmente transitando, yendo más que estando. En este sentido, no es tanto un registro de la estadía sino más bien del trayecto, y las imágenes se suceden una tras otra y, al superponerse, crean distintos escenarios. El acto del viaje de exploración implica abandonar el hogar, un lugar seguro, para internarse en un espacio desconocido. Veremos cómo las narrativas asumen en múltiples momentos el formato de diarios de viaje, en los que domina la escritura en primera persona. De esta manera, se enfatiza la idea de que ellos "estuvieron ahí", son testigos directos de una realidad. Estos viajeros van literalmente al encuentro del "otro", construido como tal a través de un conjunto de representaciones simbólicas, dentro de una interacción desigual (Pratt, 1997). Pero a su vez, implica la construcción de estos lugares. Es así como las "representaciones sobre los 'otros' configuran los lugares donde estos se materializan" (Castro, 2007: 94). La Puna, desde los centros de poder, se constituyó como tal a partir de las representaciones creadas por los relatos sobre el "otro". En otros términos, los textos que consideraremos en las próximas páginas, aunque lo pretenden, no están reflejando una realidad, más bien están participando activamente en su construcción con determinados rasgos.

A partir del análisis de un fragmento del relato de Richard Burton sobre África Central, Pratt observó la existencia de tres medios para crear valor cualitativo y cuantitativo: primero, se construye un paisaje "estetizado" en el que, a modo de una pintura, "la descripción está ordenada en términos de primer plano y fondo" (1997: 350). El texto se compone como un cuadro que busca recrear una cierta imagen. Luego, se busca "densidad de significado" a partir de una escritura que abunda en adjetivaciones que delimitan y dan cuerpo a lo sustantivo; finalmente, se presenta una "relación de dominio" donde existe un observador y alguien o algo que es observado y descripto. En este sentido, los relatos deben ser considerados como "registros de la realidad provistos de perspectiva –y no como fuentes objetivas de información– y también, como instrumentos que participan de la producción de un espacio de conocimiento y, al mismo tiempo, de un espacio de poder" (Castro, 2007: 95). Tal es así que los relatos se constituyen como una forma de conquista del espacio físico y simbólico. Como sostuvo Pratt, los "ojos imperiales pasivamente observan y poseen" (1997: 27). El cronista toma posesión del espacio durante su recorrido desde lo visual, luego nombra, describe y así controla y delimita los lugares con una cierta carga de significado que se superpone con fuerza sobre los sentidos existentes, pretendiendo transformarlos. Ciertamente, los viajeros, sean funcionarios o científicos, observan desde su pertenencia social, atravesando los espacios y sujetos con sus propios marcos culturales, siendo el etnocentrismo un rasgo ineludible en sus textos.

Al mismo tiempo, la crónica tiene un destinatario. Las narrativas alimentan la fantasía de los lectores, mientras que quien se desplaza se constituye como una especie de héroe civilizatorio que se adentra en las entrañas de lo desconocido y lo oscuro para darle una forma que pueda ser digerida por el público que lo lee desde la seguridad de sus lugares. El relato crea un regocijo temeroso en el lector de la ciudad, por la curiosidad que despierta pero fundamentalmente porque fortalece, en la comparación, su ideal de progreso. Frente a la realidad primitiva y extrema que se describe, los espacios de la civilización se vuelven un ideal a defender, sostener y propagar. Como observó Pratt, "la entidad llamada Europa fue construida desde afuera en la misma medida que desde adentro" (1997: 25). En este sentido, la literatura de los viajeros contribuyó a "crear" ciertos lugares como la Puna pero también participó en la construcción y fortalecimiento de sus propios ámbitos desde la confrontación con la otredad. Entonces, las miradas sobre los "otros" llevan implícita la consideración sobre el "nosotros" que integran estos viajeros (Krotz, 2002).

## Sobre viajeros, funcionarios y científicos

Durante el período bajo control chileno ya se habían encarado distintas misiones oficiales que resultaron en descripciones importantes sobre el área (por ejemplo, Bertrand, 1885; Muñoz, 1894).<sup>1</sup> Los recorridos se multiplicaron en las primeras décadas del siglo XX, con una considerable cantidad de viajeros de distintas procedencias que recorrieron la recién incorporada Puna de Atacama. Benedetti (2003) propuso una clasificación, distinguiendo tres grupos de viajeros en función de las inquietudes que los movilizaban: quienes recorrieron el territorio dentro de una misión oficial con el objetivo de relevar las riquezas y organizarlo administrativamente; los técnicos que debían evaluar las potencialidades mineras; y los científicos que tenían como objetivo realizar estudios etnográficos o geográficos, sin depender necesariamente de un organismo oficial.

A partir de esta clasificación, consideraremos para nuestro análisis una serie de viajeros que entendemos son representativos de los distintos grupos en relación con sus diferentes formaciones disciplinares, adscripciones institucionales e inquietudes: Daniel Cerri y Eduardo Holmberg (h) dentro de los que participaban en misiones oficiales, Luciano Catalano en relación con sus intereses en la minería en la región, y Eric Boman como caso paradigmático dentro de los etnógrafos. A estos cuatro le sumaremos a Juan Carlos Dávalos, un viajero no tan considerado en la bibliografía sobre la temática, pero que ofrece aristas interesantes para el análisis. Dávalos no formaba parte de una misión oficial, sino que, como el mismo se definió, era simplemente un “turista despreocupado” (1930a: 14).

Ciertamente el corpus de relatos de viaje es mucho más amplio que el que aquí estamos retomando. En términos metodológicos hemos preferido limitar ese universo de casos para poder considerar a estos pocos autores de manera más integral, como una forma para mostrar las distintas aristas que pueden reconocerse en sus enfoques. Los viajeros elegidos son representativos de la muestra general, de modo que no constituyen casos aislados o especiales pero, al mismo tiempo, son los que incluyen las referencias más densas a nuestro objeto de estudio. En este sentido, a través de estos cinco viajeros buscamos dar cuenta tanto de los matices en las miradas como de los muchos elementos comunes que se presentaban. En paralelo, contemplamos tanto relatos surgidos en los primeros años luego de la anexión como otros algo más tardíos. En relación con nuestros intereses, estos son algunos de los textos que tienen en cuenta las descripciones y caracterizaciones más minuciosas sobre la arquitectura puneña. Sería un error homogeneizar las distintas miradas dentro de una categoría de “viajeros funcionales a los intereses hegemónicos”, lo que no implica que dejaran de compartir muchos puntos de vista y en general partieran, si cabe, de paradigmas comunes. Más allá de sus personalidades y trayectorias sociales diferentes, deben ser vistos “como miembros de una colectividad, un conjunto social con algún tipo de identidad” (Krotz, 1991: 55).

### *Las formaciones e intereses*

Tanto Daniel Cerri como Eduardo Holmberg participaban de misiones oficiales que tenían como objetivo el reconocimiento del territorio que acababa de ser incorporado y que era completamente desconocido para los organismos y funcionarios del Estado argentino. Ambos tienen un estilo de escritura basado en el relato de las circunstancias de sus viajes e incluyen tanto descripciones ambientales como de la población y sus costumbres, al mismo tiempo que analizan las posibilidades y políticas que deberían aplicarse. Tal como lo planteó Benedetti (2003), la desazón y la falta de esperanza sobre las posibilidades de este territorio son una constante en sus textos. En particular Daniel Cerri (1841-1914) realizó dos “viajes exploratorios” en marzo y abril de

1900 y octubre-enero de 1900-1901, en calidad de primer gobernador del Territorio de Los Andes (Cerri 1993 [1903]). A partir de estos viajes recopiló la información que se publicó en 1903 con el nombre de *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*. Antes de asumir como gobernador del territorio, había tenido una intensa actividad como militar, participando en la batalla de Pavón, la guerra del Paraguay y la "conquista del Desierto" (Göbel y Delgado, 1993). Como plantearon estas autoras, Cerri en su texto "reproduce, en un estilo directo y ameno que en partes hace traslucir cierta ingenuidad del autor, lo observado y lo sucedido durante sus viajes" (1993: II). En todo caso, por fuera de su estilo literario, Cerri estaba lejos de ser un personaje ingenuo, tanto por su historial en violentas campañas militares, como por su rol como primer gobernador de Los Andes. Como veremos luego, buena parte de sus preocupaciones se enfocaba en imponer el orden en una población que veía con malos ojos la anexión a la Argentina.

Eduardo Holmberg era el hijo del naturalista del mismo nombre y recorrió la Puna de Atacama como parte de la misión que el Ministerio de Agricultura le había encargado a Oscar Doering (Benedetti, 2005). El recorrido se realizó en 1900 y de allí surgió la publicación *Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama)* que apareció el mismo año. En relación con el tipo de misión que debían realizar, las observaciones de Holmberg estaban orientadas hacia los aspectos ambientales de la Puna, lo que no impidió que dedicara una parte importante de su obra a describir la situación en la que se encontraba la población, y cuáles eran sus posibilidades reales de entrar en "la senda del progreso".

Por su parte, Eric Boman (1867-1924) formaba parte del grupo de arqueólogos-etnógrafos que estudió la Puna de Atacama en las primeras décadas del siglo XX. Su texto fue el resultado de las investigaciones que realizó en 1903 como miembro de la Misión Científica Francesa. Boman ya había recorrido la región en 1901 dentro de la Misión Sueca dirigida por Nordenskiöld. Las observaciones surgidas de su trabajo en 1903 se publicaron en Francia en 1908 con el título de *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama* y constituyen una obra sumamente visitada sobre la región. Tal como propuso Sanhueza, el de Boman era "el clásico discurso del etnólogo decimonónico, que organiza y construye su relato en función de la identificación de sociedades o culturas en estado 'puro', y por tanto aisladas y marginales, requisito indispensable, según sus postulados, a todo objeto de estudio antropológico" (2001: 76).

El caso de Luciano Catalano (1870-1960) es diferente al de los anteriores por el cierto optimismo que tenía sobre las posibilidades a futuro de la Puna de Atacama. Esto es indisoluble del hecho de que Catalano recorrió la Puna casi treinta años más tarde y tanto su visión como el contexto sociopolítico del país eran diferentes. Realizó cinco comisiones oficiales por Los Andes desde 1923 hasta 1927. De estos viajes surgió su texto más conocido, *Puna de Atacama (Territorio de Los Andes). Reseña geológica y geográfica*, publicado en 1930. Dado que era geólogo y que sus viajes fueron financiados por la Dirección General de Minería, Geología e Hidrología del Ministerio de Agricultura de la Nación, su texto se orientaba hacia la descripción de las características geológicas y las potencialidades de la explotación minera, fundamentalmente de los boratos.

La situación de Juan Carlos Dávalos (1887-1956) es ciertamente diferente a la de los otros casos referidos, puesto que no formaba parte del ambiente científico, ni tampoco actuaba como funcionario o técnico estatal. Dávalos era un poeta y narrador salteño, hijo de Arturo Dávalos quien sí había sido funcionario en la Gobernación de los Andes (Benedetti, 2005). Realizó dos recorridos por el nuevo Territorio Nacional, uno en 1928, que resultó en la publicación de *Por las montañas. De Salta a Antofagasta*, y otro en 1930, del que surgió la serie "Notas de viaje en la Gobernación de Los Andes". Nos

interesa particularmente esta última puesto que fue publicada en distintas entregas en el diario *La Nación* y, por lo tanto, sus observaciones “despreocupadas” alcanzaron a un público mucho más masivo.<sup>2</sup>

### ***Ser parte de una misión***

Efectivamente muchos de los viajeros no pertenecían a una institución oficial, e incluso aquellos que sí formaban parte tenían en algunos casos tareas sumamente técnicas que realizar en su recorrido, se percibe en los relatos la conciencia de tener una cierta “misión”, de formar parte de un proyecto que excedía a la actividad puntual que debían realizar. Esto es comprensible en el caso de Cerri que realizaba su viaje en calidad de primer gobernador del Territorio de Los Andes y planteaba que: “como se trata de regiones que son casi totalmente desconocidas, he creído prestar un modesto servicio al país con su publicación” (1993 [1903]: 6). Sin embargo, también Dávalos (1930a y b) evidencia en las crónicas su preocupación especialmente por la educación, pero también por las faltas a la moral y las buenas costumbres de los pobladores de Susques y San Antonio de los Cobres. Un caso ilustrativo es también el de Catalano puesto que, si bien su recorrido estaba enfocado en la observación de las características geológicas del Territorio de Los Andes, dedicó toda una sección de su texto a la situación de la educación oficial. Es así como sostuvo que:

(...) como una tarea accesoria y concomitante a las de nuestra comisión de estudios de geología económica en el territorio nacional de Los Andes, creí útil y oportuno cerciorarme del estado de la enseñanza primaria oficial en dicho territorio, a los fines de contribuir a un conocimiento social del mismo, y servir, de paso, aunque modestamente a solucionar inconveniente o señalar anomalías que pudieran desaparecer por la acción de la autoridad competente en el orden educacional. (1930: 5)

Resulta difícil relacionar la educación con la geología si no se tiene en cuenta la pertenencia de estos personajes a un proyecto atravesado por la idea de “progreso”. La exploración formaba parte del proyecto de apropiación y de transformación del espacio por parte del Estado. Tal como lo planteó Navarro Floria:

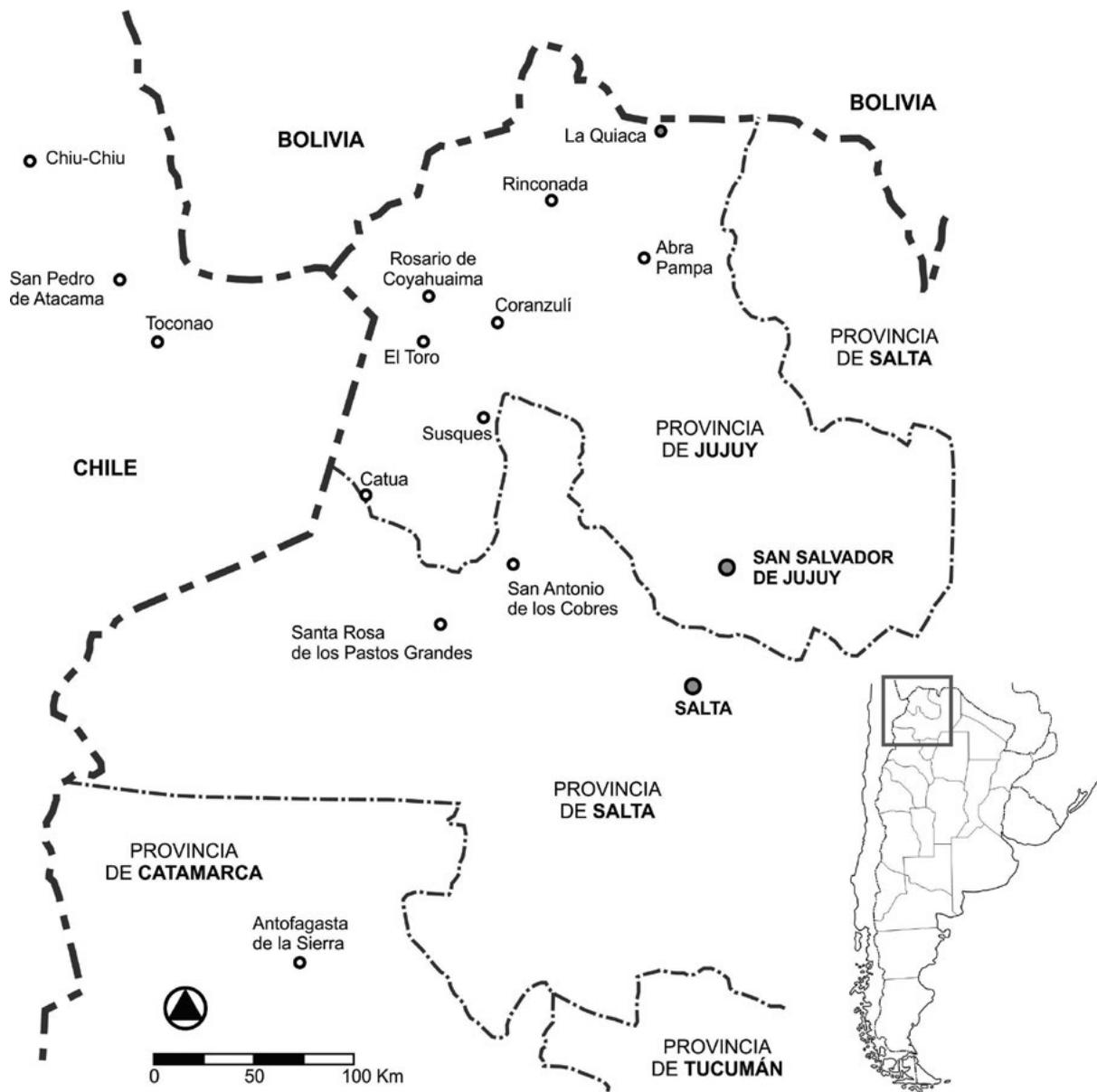
Las prácticas de conquista y exploración del territorio, personificadas en el estado y en instituciones funcionales a él, constituyen una secuencia lógica y metodológica de operaciones por las cuales se ponía en juego el instrumental técnico y conceptual de la apropiación del espacio, se estructuraba una representación del espacio y del tiempo y se organizaba la realidad misma. Explorar, renombrar, describir, sistematizar lo descripto, cartografiar, son entonces los momentos salientes del relato científico sobre los nuevos espacios nacionales. (2006)

La Puna se construyó en los discursos como un gran espacio a ser intervenido y transformado. En este sentido:

El viaje naturalista y la anexión territorial son dos actos complementarios dentro de un proyecto mayor que amplifica una soberanía y somete el espacio a sus propias pautas de orden y representación, tanto políticas como textuales. (Andermann, 2000: 121)

Vale recuperar otro párrafo muy significativo que también corresponde a Catalano:

(...) y así como la conquista del Desierto, mediante admirables pero dolorosas campañas de nuestro glorioso ejército, incorporó a la Nación política y económicamente las más ricas zonas agrícola y ganadera de las Pampas del oeste y sur, de igual manera el Huaytiquina conquistará el desierto montañoso del noroeste, la región



puneña argentina, sin otras armas que las del progreso, la técnica y el trabajo, sin derramamiento de sangre, y sin más pólvora que la necesaria para abrir brechas en las rocas que se interpongan a su marcha triunfal. (1930: 92)

Figura 2. Mapa con la ubicación de los principales lugares referidos en el texto (elaboración propia).

Si la “Conquista del Desierto” “fue erigida en mito fundacional del régimen conservador” (Andermann, 2000: 129), en Catalano, cincuenta años más tarde, se volvía una suerte de ejemplo a seguir aunque no exento de alguna revisión. Como indicamos más arriba, el contexto de pertenencia de este autor no era el mismo que el de sus antecesores. En el caso de la Puna de Atacama se trataba de “las armas del progreso” que debían usarse para que este territorio pudiera sumarse a la “marcha triunfal”. La “conquista del desierto montañoso del noroeste” estaba inserta dentro del proyecto global de país que se había diseñado. Pero esto requería que la Puna fuera “convertida”, de alguna manera tenía que ser “nacionalizada” y, como

veremos luego, sus pobladores debían ser transformados en “ciudadanos”. Para la Puna de Atacama el dispositivo implicaba la apertura de vías de comunicación, por ejemplo con el ferrocarril de Huayquitina, la instalación en los poblados de las instituciones y agencias estatales, el establecimiento del sistema escolar y la implantación de una nueva dinámica productiva, con la minería prácticamente como única respuesta posible.

### Un espacio triste y monótono

Uno de los elementos comunes que vamos a encontrar en los relatos es el profundo extrañamiento con las características del paisaje puneño. Son muchas las referencias que dan cuenta de la desazón que les producía la “esterilidad” de la Puna. Es así como Cerri recuperó una expresión del naturalista Doering que en ocasión de recorrer el área afirmó: “No puedo ocultar la triste impresión que en mi ánimo ha producido la monotonía y aridez de la zona conocida” (1993 [1903]: 19). Por su parte, Holmberg sostuvo que “la inmensa desolación del desierto produce aquí las primeras impresiones. Ni un árbol asoma su verde follaje en el fondo pálido de las arenas” (1988 [1900]: 27). La idea de lo “triste” aparecía reiteradamente asociada al paisaje, a sus pobladores e incluso a los poblados de la Puna. Pero está relacionada fundamentalmente con aquello que está falto de vida, lo árido y lo desolado. Al respecto fue contundente Boman con sus expresiones:

La impresión que produce la Puna en el viajero es tan extraña que no se la creería real. Uno se siente alejado de la tierra; casi parece que se atraviesa, al paso lento de la mula extenuada, un país lunar. La desnudez de esta naturaleza es horrorosa: se transforma todo en sombrío, taciturno; no se ríe ya; se tiene el pecho atenazado por este aire respirable apenas. Donde quiera que se dirija la mirada, se ven los mismos tonos sombríos, grises, indefinidos: la estepa inmensa, triste, color amarillo sucio con manchas verdinegruzcas, en donde las montañas grises, de contornos brutales, parecen ser un caos de rocas partidas, si se las mira de cerca, y nubes precursoras de tempestad en el horizonte, si se las ve de lejos. La armonía falta por completo. (1991 [1908]: 414)

Aquí la idea de la “tristeza” también estaba presente, “no se ríe ya”, como consecuencia de una imposibilidad física provocada por esta naturaleza “horrorosa”. Son centrales las ideas de falta de armonía y de caos para la perdurable construcción de estas representaciones sobre el espacio puneño. La topografía, el clima, la altitud y la vegetación se utilizaban para construir un imaginario donde la Puna era un espacio desbalanceado y grotesco, en el que las fuerzas de la naturaleza habían perdido su eje. En todo caso, era fundamentalmente la población la que, en su entendimiento, no había logrado domar o encauzar las posibilidades existentes, dándole orden al caos. La metáfora de Boman llegaba a tal punto que convertía a la Puna en un paisaje que ni siquiera era terrestre. Esta descripción se completaba un poco más adelante:

Los europeos no pueden quedarse mucho tiempo en la Puna sin sentirse invadidos por una melancolía que provoca a veces desarreglos (mentales) cerebrales. Una de las cosas que tiene más influencia sobre el europeo es tal vez la ausencia de vegetación verde. (1991 [1908]: 416)

El “europeo” podría haber sido puesto en términos del “civilizado” y ese hombre civilizado no podía estar en un lugar como la Puna porque no le era físicamente posible. La Puna se fue constituyendo como un “paisaje del atraso” (Navarro Floria, 2006). Podemos tomar las palabras de Gutiérrez para el caso de la Patagonia y hacerlas propias, en tanto:



Figura 3. Fotografía de Cerri en Catua en la que se combinan, en una toma abierta, la amplitud del paisaje puneño, los rebaños de llamas y una serie de caseríos que se pierden en la composición. En el epígrafe original se lee: “Caserío de Cátua, situado en una hermosa vega en la quebrada de Tito. Hay ocho casas, una capilla, y 58 habitantes, buena agua y pastos abundantes, pero poca leña. No es posible ningún cultivo. Altura 4130 mts. Temperatura mínima en Diciembre 8 grados bajo 0. Al frente se ve un rebaño de llamas” (Cerri, 1993 [1903]).

(...) la resignificación de esos territorios como desiertos motoriza en las clases dominantes el concepto de oposición irreducible entre salvajes y civilizados. Se consolida la idea de un conflicto que debe ser resuelto para, de una vez por todas, encauzar esos “desiertos” hacia el “progreso”, según se lo define en los círculos de la burguesía y la intelectualidad metropolitana. (2003)

Si el interior del país representaba lo “primitivo” en los discursos de las clases dominantes frente a la “civilización” que encontraba su máxima expresión en Buenos Aires, la Puna se presentaba en las descripciones como lo más primitivo en el más profundo de los interiores. Este “paisaje del atraso” requería que se lo pusiera en la senda del progreso que, por otra parte, ya recorría de un modo optimista el resto del país:

(...) nuestro país se halla en estos dos últimos aspectos del progreso industrial. Mucho dista aún para que se coloque a la altura y situación de los conocimientos económicos que se tienen en las grandes naciones del mundo. Sin embargo, por esa senda va encaminado. La fuerza de la razón y su propia vida le obligan a seguir esa ruta y a adoptar los más adelantados métodos reinantes. De no ser así, se estancaría o llegaría a la muerte. (Catalano, 1930: 4)

En Catalano, básicamente eran tres los pilares de ese progreso para la Puna: la aplicación de métodos modernos a la actividad agropecuaria existente, la minería y el ferrocarril de Huaytiquina que sería el encargado de llevar la producción. Algunas décadas antes, Cerri también había puesto sus pocas esperanzas en la minería luego de concluir que las características ambientales de la Puna hacían imposible cualquier otra opción como la agricultura o la ganadería:

En las entrañas de esas montañas existen materias desconocidas, que solo esperan al hombre de ciencia para que pregone su utilidad (...). Aquel inmenso bosque de montañas, desnudas, donde la naturaleza ha sido bien mezquina en el reparto de sus dones, pero en cambio relumbran los metales que no necesitan ni lluvias ni rocíos. (1993 [1903]: 78)

Sin embargo cuando dio cuenta del proceso de elección del lugar donde se establecería la capital del territorio, sus expectativas eran mucho menores:

(...) en Susques o Coranzulí no hay ni que pensar; son puntos extremos sin esperanzas de un porvenir más o menos lejano. No viven allí más que cabras, llamas y algunas ovejas. (1993 [1903]: 62)

Las posibilidades, más o menos escasas, de algún tipo de futuro para la Puna de Atacama estaban en manos del Estado y su capacidad para civilizar y domesticar este territorio. Los pobladores puneños eran presentados como incapaces de tener un futuro por sí mismos si no eran alentados y educados, en tanto que “la ignorancia, la pobreza y quizás la indolencia son la rémora que retarda el adelanto de la región” (Catalano, 1930: 45). Finalmente, están ausentes, forman parte del vacío, como lo puso en claro Cerri en la cita anterior.

## La población huraña

Tal como había ocurrido antes con los relatos sobre la Patagonia o el Chaco (Lois, 2002; Gutiérrez, 2003; Navarro Floria, 2006), la Puna fue caracterizada permanentemente como un “desierto”. Estos adjetivos funcionaban en conjunto con expresiones del tipo “allí no hay nada” dando cuenta de la ausencia total de vida. Paradójicamente, o no tanto, todas las descripciones, incluso aquellas orientadas a estudios geológicos, dedicaban una gran cantidad de páginas a describir las “extrañas” costumbres de los pobladores puneños. Atravesados por el asombro, cada uno de los viajeros, en su propio estilo, caracterizó y al mismo tiempo construyó un cierto imaginario sobre lo que se suponía que era “un indio puneño”.

Si el extrañamiento con el ambiente de la Puna de Atacama había sido enorme y tuvo como consecuencia la creación de imaginarios basados en el “horror”, la mirada sobre la población indígena no fue diferente. Ese “otro interno” fue visto como la contracara del argentino deseado, la expresión de aquello que el país había conseguido dejar atrás. Si bien las descripciones reforzaban la idea de una Puna “desierta”, libre de población, al mismo tiempo se presentaba como un espacio salvaje a causa de la presencia de la población indígena y de la completa ausencia de las referencias del progreso (Navarro Floria, 2006). La Puna era, en definitiva, una región abandonada por la civilización.

Boman tenía un interés personal, “etnológico” según lo expresó, en conocer a los indígenas de estos sectores de la Puna. En San Antonio de los Cobres tuvo un “contacto” anticipado con pobladores de Susques y de Coranzulí, a los que caracterizó como huraños y desconfiados. Más adelante confirmó sus observaciones e incluyó en ellas a todos los indígenas del altiplano:

En cuanto a su carácter, los indios de la PUNA DE JUJUY se parecen a todos los otros indios del altiplano: son huraños, reservados, falsos, astutos, perezosos, tímidos, pusilánimes, sometidos al que manda. (1991: 470. Las mayúsculas en el original)

Si entendemos que las imágenes de los naturalistas se constituyeron como justificación de las acciones del Estado sobre el territorio, la población de la Puna era una limitación para el desarrollo y, de una u otra manera, debía ser “civilizada”. Aquellos pobladores sin patria tenían que ser convertidos en “ciudadanos”. En todo caso, en algunas descripciones el espanto era indisociable del romanticismo que también formaba parte de las miradas. Holmberg encontraba que:

(...) el indio de las puna es en conjunto hermoso y no escaso de originalidad en su traje y costumbres, lo que le da cierto interés. Es alto, bien proporcionado, aunque escaso de carnes, musculoso y de tez bronceada. El cabello es lacio, grueso, y lo lleva largo de 8 a 10 centímetros, a fin de que lo abrigue. (1988: 69)

Es interesante observar que esta descripción, al margen de reflejar con una claridad notable el exotismo de la mirada, aparece sin rupturas en el texto luego de la descripción

de la fauna de la Puna, tal que solo media un punto aparte. El recorrido de Holmberg en el relato era topografía-geología-hidrografía-flora-fauna-población como eslabones de una cadena explicativa. Al mismo tiempo, se trasluce en la escritura un elemento clave que aparece en forma reiterada en estos textos: la incomodidad y la crítica se entremezclan con una suerte de fascinación y, por qué no, con una cierta dosis de admiración inconfesable por ciertos rasgos de los modos vida de la población puneña.

Claro que esto no impedía que los aspectos relacionados con la limpieza llamaran la atención de estos viajeros. De acuerdo con Holmberg: "La miseria y la poca higiene de nuestros anfitriones es proverbial" (1988: 26); algo parecido se observa en Catalano: "La gente jamás se lava; no se cambia de ropa interior, en caso de tenerla" (1930: 7). Para Boman, "afortunadamente el clima es demasiado frío para que los parásitos dotados de una movilidad mayor puedan vivir ahí; sin esto sería imposible entrar en una casa de estos indígenas que no se bañan ni se lavan desde su nacimiento hasta la muerte, y que no se desvisten para acostarse" (1991: 445).<sup>3</sup> Aquí aparece una idea que desarrollaremos en el próximo punto, la conexión existente entre las condiciones de vida de las personas y sus "casas". Para estos viajeros orgullosos del progreso, la suciedad, la miseria y la fealdad son parte del mismo discurso higienista de la época. En su planteo, estos indígenas debían ser antes que nada, instruido en los "saludables hábitos de la civilización".

### ***El "carácter" como una consecuencia del medio***

Ahora, ¿cómo explicaban estos viajeros las particularidades de la población puneña? Es posible reconocer dos tipos de explicaciones: el aislamiento histórico de la población que impidió las influencias positivas y el ambiente que "determinó" su carácter. El determinismo ambiental era una constante dentro del pensamiento naturalista de los científicos de raíz iluminista formados en las escuelas de finales del siglo XIX. Tal como sostuvo Lois:

(...) se resignificó la idea de desierto adicionándole al sentido iluminista tradicional –ausencia de civilización– y al determinismo geográfico sarmientino de matriz romántica, la legitimidad de la cientificidad derivada de la aplicación de términos de ciencias naturales a fenómenos sociales. (2002: 28)

Esto guardaba relación con la idea evolucionista de que existían ciertos ambientes geográficos que favorecían el desarrollo y el progreso de las personas. Boman sostuvo que "para comprender la vida humana en un país, hay que darse cuenta del medio en el que está ubicado el hombre" (1991: 396). Algo parecido planteaba Holmberg vinculando ya directamente el ambiente puneño con el carácter de la población: "La aridez del suelo, el silencio de los valles desiertos, la nieve y el frío, han influido en el carácter dándole su mística melancolía" (1988: 71).<sup>4</sup> Más explícito aún era lo que sostenía Carrasco en un apéndice al texto de Cerri:

Es sabido que las condiciones físicas de un país son las que influyen de una manera capital en la cantidad, calidad, riqueza y costumbres de sus habitantes. Basta pues conocer esas condiciones para darse clara cuenta de todo cuanto atañe a la población de la antigua Puna de Atacama hoy Territorio de Los Andes. (en Cerri, 1993: 80)

La otra idea central en las explicaciones era la del aislamiento. No importaba que dentro de los mismos textos se hiciera referencia a los múltiples contactos de los pobladores con otros grupos sociales de Bolivia o Chile en el marco de los constantes viajes de intercambio o en prácticas religiosas. Cuando hablaban de aislamiento se referían a la falta de contacto con pueblos más "civilizados". Uno de los párrafos de Boman era por demás ilustrativo:

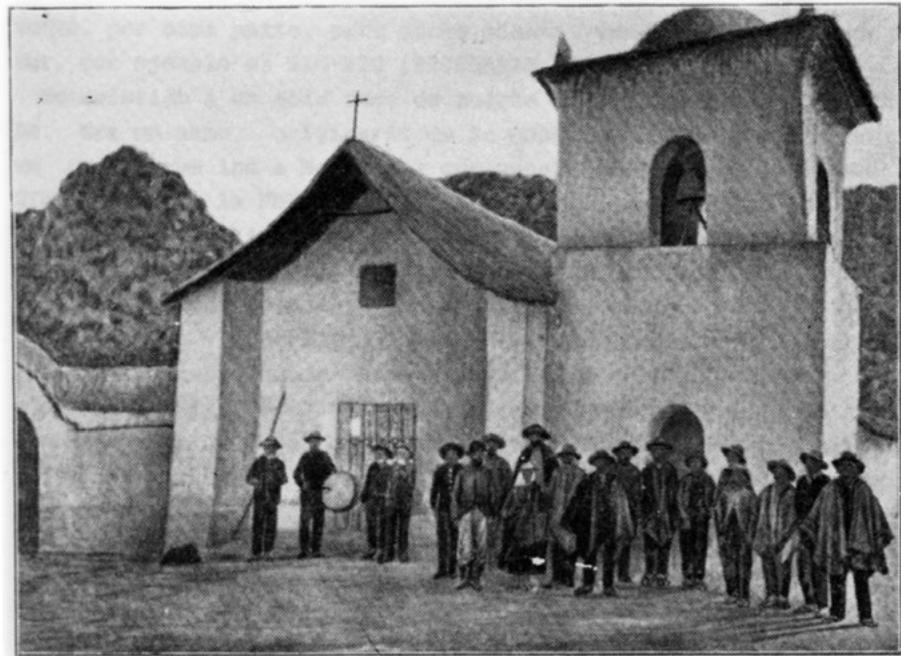


Figura 4. Fotografía de Boman en Susques con los pobladores posando frente a la capilla (Boman, 1991: XXXIV).

(...) hay todavía, en la Puna de Atacama, indios que han vivido allí desde la época de la conquista sin mezclarse con los otros conservando sus antiguas costumbres y sus antiguas creencias (...) toda la población de la Puna, casi sin excepción, se compone de indios puros, pertenecientes a la raza andina; solo en casos muy raros puede haber en sus venas una pequeña proporción de sangre blanca. (1991: 417)

Su curiosidad científica se veía exacerbada por la “pureza” de los indígenas que encontraba en la Puna. Los pobladores eran medidos, registrados y relevados con la misma lógica con que se registran las precipitaciones anuales o la altura de los cerros y, como veremos luego, de la misma manera en que es medida y diseccionada la arquitectura para su análisis. Las fotografías que se agregaban en las publicaciones contribuían a la construcción de este relato. Los pobladores eran expuestos, en el caso de Boman, delante de la capilla componiendo una imagen que exacerbaba el exotismo (figura 4). En una de las fotografías utilizadas por Catalano para ilustrar sus descripciones daba cuenta del “tipo” indígena de la Puna con el siguiente epígrafe:

Tipo indígena de la puna argentina. Don Manuel Rodríguez, nativo de Antofagasta de la Sierra (Los Andes), de 52 años de edad. Don Manuel es “fabriero” (sacristán); suele cristianar a los nativos regionales; dice misa y ha sido juez de paz suplente de Antofagasta de la Sierra. El gorro que cubre la cabeza “chulo”, las rodilleras, las medias con una separación y las “ojotas”, o calzado de cuero crudo a manera de sandalia son construidos por los indígenas. Otro tanto sucede con la mayor parte de las prendas de vestir (saco, pantalón, “chalinás” o bufandas, ponchos, mantas, etc. Y demás utensilios de uso doméstico (lazos, correas, matras, cojines, mandiles, bolsas, piolas, etc.). (1930: 55)

Los discursos sobre las prácticas primitivas de los pobladores de la Puna tenían una doble finalidad. Por un lado, justificaban la intervención de todo el aparato del Estado en la región. Por el otro, funcionaban como testimonio de todo lo que la sociedad civilizada había conseguido dejar atrás. De alguna manera, aquel que desde su vida cotidiana en las ciudades accedía a estos relatos podía sentirse satisfecho con todos los beneficios que el progreso de la Nación le estaba aportando, en tanto no estaba expuesto a los rigores de la naturaleza indomable que la técnica la había puesto bajo control.

### **La transformación de la población**

Si bien los relatos de algunos viajeros, como Boman, se paraban desde una pretendida objetividad científica exenta de todo interés que fuera más allá del conocimiento e incluso no formaban parte de misiones oficiales, sus observaciones estaban completamente atravesadas por los intereses de un Estado que pretendía “nacionalizar” el territorio y su población. En este contexto, la cuestión de si “estos indios” podían o no ser “transformados” era central. Aunque todos los viajeros coincidían en que lo pobladores de la Puna debían ser civilizados, las miradas no eran uniformes. Boman, en una sentencia definitiva se preguntaba y respondía:

Los indios de la puna y del altiplano en general pueden asimilarse a la civilización europea? Pueden aprender el método de trabajo de los europeos, pueden ser absorbidos en la masa de la población de un estado “civilizado”? En general, creo que no (...) los indios no proporcionan sino la mitad del trabajo que se puede exigir a los mestizos, y por otra parte, sólo trabajan cuando los obliga una necesidad imperiosa. Cuando han reunido algunas piastras, después de uno o dos meses, abandonan el trabajo y vuelven a la vida contemplativa, cerca de sus rebaños. Su carácter no se modifica tampoco por el contacto con gente de otras razas. (1991: 472-473)

Un poco más adelante se volvía a preguntar:

Estos indios, pueden elevarse por encima de su nivel intelectual y moral actual? En general, me parece que se quedarán estacionarios siempre, inferiores a los mestizos, que los explotan, y de los cuales son siempre tributarios, de un modo u otro. (1991: 473)

El esquema de la evolución que planteaba era indios-mestizos-europeos con una clara connotación racial en la caracterización. A los indios de la Puna se los ubicaba en el escalafón más bajo de la escala, y de hecho para Boman, sus posibilidades de “elevarse” eran casi nulas. Claro que no es posible simplificar las distintas aristas que presenta el pensamiento de estos viajeros. En relación con la asistencia que les brindó a los pobladores de Susques en su reclamo contra los terratenientes que exigían el pago de tributos, el propio Boman observó, “deseo de corazón que estos hijos del desierto puedan vivir en paz, durante algunas generaciones todavía, entre sus peñascos estériles y en los laberintos de sus hondonadas” (1991: 428). Una vez más se evidencia una cierta valoración por los modos de vida de la población puneña, imbuida de una fuerte nostalgia por los cambios futuros que, por otra parte, considera tan inevitables como necesarios. Se puede considerar como un rasgo común en los relatos la existencia de una tensión constante “entre la atracción por lo original y la angustia ante lo incomprensible” (Krotz, 2002: 74).

La participación de agentes externos, particularmente de las instituciones estatales, aparece recurrentemente como una condición necesaria para esta imprescindible e inevitable transformación de las poblaciones locales. En particular Catalano, sostuvo que:

(...) la presencia de personas ajenas a la región y que trabaja en la construcción del ferrocarril a Chile, influyen algo contra el desaseo usual. Y, aunque de tiempo en tiempo, ya se ve gente nativa del lugar que lava sus ropas y algo del cuerpo. No creo que sean reacios a los buenos hábitos: lo que les hace falta es el ejemplo y una prédica constante y tesonera. (1930: 7)

De esta manera:

(...) el Estado, pues, es el que debe tomar a su cargo el estudio de la utilización del agua de los ríos puneños, llevando a la región –conjuntamente con el aliento vivificador del ferrocarril– los elementos y enseñanzas requeridos para el inteligente

aprovechamiento de la tierra. Así se resolvería uno de los aspectos de la miseria de aquellos pobladores y haría posible el arraigo de hombres de otras regiones de la República, quienes –a modo de inyección vivificante– vigorizarían aquel organismo adormecido por siglos de inacción. (1930: 45)

Las posibilidades dependían de que el Estado tuviera una acción concreta y drástica sobre la población. De hecho, Dávalos, a tres décadas de la anexión, cuando la población ya estaba sometida a la conscripción obligatoria y a la migración laboral, observaba que “el gobierno nacional continúa en nuestra época ejerciendo sobre los indios la misión tutelar de los antiguos jesuitas” (1930b: 6). Es aquí donde encontramos las conexiones más claras entre el discurso de los viajeros y la generación de políticas para el territorio. La justificación de la intervención del Estado en la región parecía estar sustentada en las “necesidades” de una población sumida en el atraso que en los relatos se esforzaban en representar. Necesidades que eran construidas como tales por los mismos observadores. El propio Dávalos expresó con claridad su visión sobre el presente y el futuro del territorio:

Día vendrá en que la inmigración europea invada la puna, se dedique al pastoreo y sus industrias derivadas, funde criaderos de chinchillas, vicuñas y zorros de las nieves, explote minas, salares y borateras, y concluya con los nativos ya diezmados... Entre tanto, el gobierno nacional, si no le reconoce al indígena derecho alguno de propiedad sobre el suelo, procura al menos librarlo de la barbarie mediante su gendarmería, su justicia federal y sus escuelas Láinez. (1930b: 6)

Ya fueran víctimas o parte de la realidad en la que vivían, los pobladores puneños en los relatos son meros objetos de estudio, de observación o de transformación, que bajo ninguna circunstancia se constituyen como sujetos con capacidad de agencia. Aparecen entonces como seres sometidos a una realidad ambiental e histórica que los excede, y que por ende son incapaces de modificar sin la asistencia exterior. Sin embargo, en relación con el proceso de anexión, los mismos pobladores emergen por momentos en los textos como actores activos que maniobran frente a las autoridades estatales de tres países. Desde ya Cerri, en tanto Gobernador, aparece como el más preocupado por la actitud “rebelde” de la población puneña. En su segundo viaje a Susques, las autoridades locales le indicaron que “las comisiones de límites aún no habían establecido los mojones divisorios entre Bolivia y Argentina, en consecuencia, ellos, no estaban bien seguros de pertenecer a ésta última” (1993: 57). En Coranzulí también se enfrentó a la misma resistencia cuando le indicaron que:

(...) los habitantes nada querían saber con las autoridades argentinas *embrujadas*  
(...) Esta actitud hostil de los habitantes indígenas del norte es aconsejada por las autoridades bolivianas subalternas limítrofes, que cobran por su cuenta contribuciones por el pastoreo de los ganados, so pretexto de emplearlo para sostener el culto católico. (1993: 55-56)

De acuerdo con Cerri, particularmente la hostilidad de los pobladores de Susques y Coranzulí ante las autoridades argentinas se debía a la influencia de las autoridades bolivianas limítrofes que querían seguir cobrando las contribuciones para su exclusivo beneficio. Su preocupación se manifiesta cuando observa que:

La incorporación de esos indios a la nacionalidad argentina será difícil si no se establece una escuela y un comisario de policía con algunos hombres, en el caserío de Susques, para que haga respetar y cumplir las resoluciones del gobierno. (1993: 57)

Ciertamente, la acción del Estado en la región debía comenzar con controlar a sus habitantes, eliminando cualquier tipo de pretensión de acción autónoma. Las

particularidades de la población puneña no eran simplemente extrañas, sino que además eran peligrosas para la integridad del proyecto estatal de control territorial. Boman, luego de recordar el episodio de la quema de una bandera argentina, se refirió a los "hijos del desierto que aman su libertad y su independencia" (1991: 420) y dio cuenta del descontento de los pobladores de Susques con la incorporación a la Argentina:

En el momento de la anexión argentina, los indios de Susques estaban tan convencidos de su independencia, que se presentaron primero ante el subprefecto de la provincia boliviana de Sud-Lípez, y luego ante el gobernador la provincia argentina de Jujuy, solicitando ser anexados a uno u otro de estos territorios. Es decir que ignoraban que Jujuy formara parte de la República Argentina. (1991: 432)

Lejos de ignorar la realidad en la que estaban insertos, los pobladores maniobraban entre los distintos aparatos estatales de los tres países y observaban la incorporación a la Argentina como un riesgo para la relativa autonomía que habían mantenido producto de los cambios jurisdiccionales (Sanhueza, 2001). Efectivamente Dávalos observaba que

(...) hasta la anexión del territorio hasta nuestro país, estas gentes pudieron por largos años considerarse autónomas, sin rey ni roque, tanto, que al primer gobernador argentino –el general Cerri– lo recibieron a pedradas... (1930b: 6).

Como se lo plantearon a Boman, para los susqueños era particularmente preocupante la potencial pérdida de los derechos sobre sus territorios de pastoreo. El temor estuvo lejos de ser infundado y en los años subsiguientes aparecerían distintos personajes reclamando su propiedad sobre la tierra en base a supuestos derechos coloniales (Tomasi, 2011a). En cualquier caso, cuando en los relatos se juegan los roles institucionales de las autoridades, también se evidencia una participación mucho más densa de la población indígena en el control territorial. Aquellos puneños constantemente retratados como "ignorantes" y "sumisos", finalmente emergen en los textos no solo con una agenda propia, sino también con el despliegue de estrategias para disputar poder frente a las autoridades argentinas. Claro que para estas esa actitud era aún más condenable que la supuesta docilidad.

## El lugar de la arquitectura

Hasta ahora hemos considerado el modo en que los relatos construyeron un cierto imaginario sobre el ambiente de la Puna y la población indígena que allí habitaba asociándola con determinados caracteres altamente cargados de negatividad. Las conexiones entre ambas descripciones –las ambientales y las culturales– se hacían evidentes en los relatos en una relación de causa-consecuencia. Ahora nos enfocaremos en la tercera parte de nuestro planteo, las descripciones de los espacios de habitación de los pobladores. Veremos cómo están interrelacionadas con las observaciones de la naturaleza y de sus habitantes, y cómo con el tiempo sus discursos de "primitivismo" y "miseria" se fueron naturalizando a la hora de pensar la arquitectura de la Puna, a tal punto de volverse casi una obviedad.

Antes que nada, debemos recuperar la pregunta que nos hacíamos en la introducción respecto a las razones que llevaban a estos viajeros a describir las casas de los pobladores. En definitiva, ¿cuál era el lugar que tenía la arquitectura en la construcción de un imaginario sobre la región? Las líneas que podemos apuntar

en relación con esto exceden a la realidad puneña, en tanto están vinculadas con los puntos de partida que han atravesado las miradas sobre las arquitecturas no occidentales en general. Ciertamente son ineludibles sobre los puntos de partida de las ciencias sociales, y de la antropología en particular, en el siglo XIX, atravesados por una “filosofía del progreso”. En el marco del dominio de las ideas de progreso universal y evolución unilineal, los artefactos de las distintas sociedades se constituían como elementos clave para establecer su nivel de desarrollo tecnológico y social. En particular, la arquitectura “asumió el estatus del artefacto por excelencia para comprender la naturaleza y estructura de la sociedad humana” (Buchli, 2013: 19). En este sentido, las conformaciones espaciales y los materiales y técnicas utilizados se constituían como una suerte de diagnóstico de los estadios que las sociedades habían superado en su camino desde el salvajismo a la civilización. Tal como lo propuso Morgan, “from the hut of the savage, through the communal houses of the barbarians, to the house of the single family of civilized nations” (2013 [1877]: 6). La presencia de divisiones interiores en los espacios, la cantidad de pisos, la existencia de ornamentación o los materiales utilizados daban cuenta del grado de evolución de una sociedad.<sup>5</sup> En todo caso, es clave la vinculación directa que se establecía entre las conformaciones arquitectónicas y las formas de organización social.

Para la geografía de finales del siglo XIX la arquitectura doméstica también fue un objeto de estudio ineludible (Tomasi, 2011b), particularmente a partir del surgimiento de dos tradiciones: la antropogeografía de Ratzel (1914 [1891]) y la geografía humana de Vidal de la Blache (1922). La “habitación humana” era significativa puesto que daba cuenta del tipo de distribución de la población, porque los materiales utilizados en su construcción permitían vincularla con la disponibilidad de recursos en el medio, y porque las configuraciones podían ser explicadas de acuerdo con ciertas características ambientales (por ejemplo, los techos inclinados se observarían en regiones con más precipitaciones). La vivienda se constituyó entonces como una de las producciones humanas que mejor permitía observar las relaciones con el medio. La vinculación fuerte de la habitación con el entorno era propia de ciertos pueblos, especialmente los considerados “primitivos”, pero también entre aquellos dedicados a la agricultura o a la ganadería en Europa. En esta lectura, la habitación de los pueblos occidentales y urbanos ya no tenía esa dependencia dadas las herramientas con las que contaban.

En este marco, la noción de “vivienda natural” tendría una notable influencia en el tiempo para los estudios sobre la temática (Tomasi 2011b).<sup>6</sup> De acuerdo con De Aparicio, hablar de “vivienda natural” implicaba referirse a “Aquellas viviendas, en cuya confección sólo se emplean materias primas suministradas por la naturaleza, adquieren, lógicamente, caracteres propios impuestos por las condiciones geográficas del lugar” (1931: 7). Por un lado, en la idea de que las materias primas surgían de la naturaleza se ocultaban las técnicas utilizadas para su procesamiento en tanto prácticas culturales; por el otro, se partía de la comprensión de que la vivienda era una consecuencia directa de las variables ambientales propias de cada lugar. Veremos cómo estas conceptualizaciones estaban presentes de manera más o menos explícita en los relatos que consideramos.

Finalmente, para reflexionar sobre las observaciones arquitectónicas de los viajeros, no podemos dejar de considerar el rol que la arquitectura tenía para el proyecto conservador de finales del XIX y comienzos del XX en la Argentina. Todos estos viajeros que estamos analizando, nacidos en la segunda mitad del siglo XIX, fueron testigos del modo en que el perfil de las ciudades argentinas se había transformado drásticamente en muy pocas décadas. En el marco del aumento exponencial de la población urbana, de los procesos inmigratorios y de las modificaciones en el

trazado de las ciudades, las prácticas arquitectónicas y constructivas tuvieron cambios radicales. Por un lado, a partir de la incorporación de distintos materiales (por ejemplo, el ladrillo cocido o el hierro) que virtualmente con el tiempo desterraron de los centros urbanos las técnicas utilizadas hasta ese momento, en muchos casos basadas en el uso de tierra cruda; por el otro, en términos proyectuales, esas décadas estuvieron signadas por una concepción arquitectónica fuertemente europeizante. Esto implicaba la apropiación de distintos estilos arquitectónicos históricos, que se articulaban a partir de ciertas reglas compositivas, como un camino para darle un determinado "carácter" a los edificios. Estas arquitecturas se constituyeron como un camino para alentar cambios sociales y, al mismo tiempo, como una expresión material orgullosa de las transformaciones logradas. Retomando los objetivos de este texto, las arquitecturas puneñas, en la mirada de los viajeros, eran entonces un testimonio de aquel pasado ya superado.

### **Arquitecturas ajenas**

Entre los muchos aspectos que podían describirse acerca de las características de las casas de la Puna, cada uno de estos observadores seleccionó algunos en relación con sus propios intereses. Como planteábamos al comienzo, sus miradas apuntaban, como un lente, hacia aquellas cuestiones que más les llamaron la atención o, especialmente, en lo que era funcional para sostener sus discursos. Es así como se pueden considerar dos tipos de formas de mirar y describir las casas: una más bien perceptiva y adjetivada que pretendía dar cuenta de un modo más bien literario de la situación "miserable"; la otra, con una mirada atravesada por el positivismo científico, brindaba ciertos datos objetivos como ser medidas, materiales y técnicas de construcción desde un enfoque que se pretendía desinteresado. Veremos, de todas maneras, cómo tal división no era tan clara y los intereses de unos y otros estaban completamente entrecruzados.

Si hay un elemento común en las miradas de Cerri, Holmberg y Catalano es el espanto. De acuerdo con el primero:

(...) sus míseras habitaciones son pircas con un techo compuesto de paja y arbustos malamente colocados, con el objeto ostensible de ampararse de los ardientes rayos solares más que de las lluvias tan raras en esas altas regiones. (1993: 41)

Holmberg, por su parte, describió dos de los poblados que visitó:

Santa Rosa de Pastos Grandes, con una capillita y siete ranchos al pie del nevado del mismo nombre, y Pastos Grandes, junto al salar también de Pastos Grandes. En esta otra población hay tres familias en sus ranchos de aspecto miserable. (1988: 32)

Para finalizar, Catalano marcó especialmente cómo vivían "niños de siete a catorce años, de ambos sexos, todos amontonados en repugnantes viviendas" (1930: 6). Estos son solo tres ejemplos de las muchas alusiones que aparecían en los relatos. Es interesante observar cómo las casas son el escenario en el que ocurre la miseria. Es allí donde se protegen y viven de un modo promiscuo. El llamar "rancho" o "choza" a las casas y la abundante adjetivación, como "míseras" o "repugnantes", les ayudaban a dar un cuadro de la situación que pretendían evidenciar: el atraso, la pobreza y la dejadez en los que vivían los pobladores.

La aproximación de Boman nos enfrenta a otras comprensiones de la arquitectura puneña. Desde una pretendida objetividad científica se entrega a minuciosas descripciones en las que, con el espíritu del naturalista, disecciona cuidadosamente los

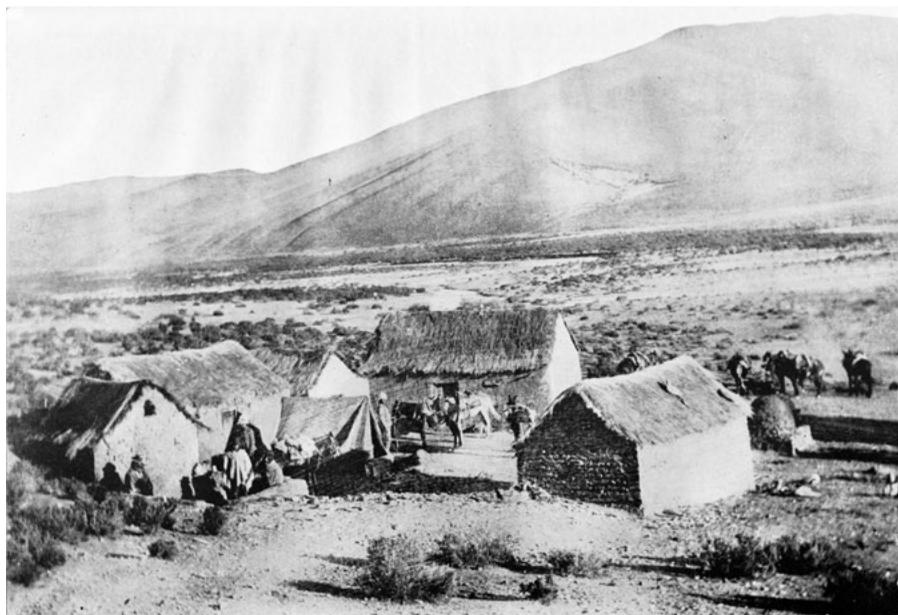


Figura 5. Conjunto de casas en torno a un patio en El Toro. De acuerdo con el epígrafe original: “Caserío de ‘Toro’ – Altura 4064 mts. – Temperatura en noviembre 11 grados bajo o” (fotografía de Cerri, en Cerri, 1993).

distintos aspectos de las casas en Susques. Tal como planteó Andermann a través de esta clave descriptiva, “el espacio lejano pierde paulatinamente su carácter enigmático y potencialmente hostil y adquiere un tinte familiar: la mirada ‘desinteresada’ de la ciencia termina por producir un efecto estético, un goce que nos va acercando al paisaje desconocido” (2000: 123). Efectivamente, en Boman no vamos a encontrar las mismas valoraciones negativas sobre la arquitectura que hemos señalado, sino un cierto disfrute al analizar pormenorizadamente estos objetos. Dada la significación de su descripción nos vamos a permitir recorrerla en detalle. Boman comienza observando que

(...) las casas son rectangulares, casi todas de las mismas dimensiones, alrededor de 6 m. de largo por 3 m. de ancho, edificadas de ADOBES (ladrillos crudos secados al sol). (1991: 429. Mayúsculas en el original)

De acuerdo con lo que registró, las casas solo tenían una habitación, y en algunos casos encontró que tenían un patio delimitado con muros. Los “hogares” consistían en una plataforma circular exterior, marcada con piedras, cubierta con un techo de paja y cerrada por tres de sus lados. En este punto es necesario realizar una breve observación. Lo que Boman está describiendo son las casas en el pueblo de Susques, que las personas solo utilizaban en momentos muy específicos durante el año y por esto solo contaban con un recinto cubierto.<sup>7</sup> Las casas en el campo, conocidas también como “domicilios”, presentan una conformación basada en múltiples casas vinculadas en torno a un patio (Tomasi, 2011a), como se puede ver, por ejemplo, en la fotografía tomada por Cerri en El Toro (figura 5).

Los techos de las casas llamaron la atención de Boman y se concentró particularmente en su caracterización, recorriendo incluso su proceso de construcción, la diversidad de materiales y los tratamientos que recibían<sup>8</sup>

El techo de paja (PAJA BRAVA) está soportado por una cimera a dos aguas. La cumbrera y las vigas reposan directamente sobre los piñones y sobre los muros. Cumbrera, contrafuertes, cabriadas y paneles son todos de madera de cactus-cirio (CEREUS), única madera de construcción que existe en Susques. La extremidad superior de las cabriadas se fija a la cumbrera por medio de

muecas reforzadas por ataduras de cuero. Todas las otras piezas están simplemente ensambladas por medio de tientos. Los clavos y las grampas de hierro no existen, ni los ensambles por espigas de madera. Las cabriadas y los paneles están juntados por un enrejado de tallos de TOLA sobre el cual se atan haces de paja, cuya extremidad superior ha sido sumergida antes en arcilla diluida. (1991: 429. Mayúsculas en el original)

Finalmente, Boman se detuvo en la organización del espacio de las casas y la disposición de los objetos en su interior:

Contra uno de los muros más cortos, se ve el POYO, sobre-elevación de piedras y tierra, que ocupa todo el ancho de la casa y de alrededor de 0,50 m. de altura y 1,50 m. a 2 m. de fondo. Es la cama común de todos los miembros de la familia, que se acuestan en ella sin desvestirse, descansan sobre cueros de llamas y corderos y se cubren con otras pieles. El extremo opuesto de la casa está generalmente separado del resto por un murete de más o menos 1 m. de altura. Este espacio cerrado sirve para conservar el maíz, la quinoa y otros productos alimenticios. La pared que forma el fondo de la habitación está provista, por lo general, de una banquetta fija, en ADOBES, que sirve de asiento (...) En las paredes de las habitaciones, se veían nichos abiertos que contenían toda clase de pequeños objetos, especialmente paquetes envueltos en trozos de tela y conteniendo en su mayoría, según lo que me dijeron, remedios. De las maderas de la techumbre y en los rincones cuelgan una infinidad de viejos harapos de ropa, cuerdas de lana de llama, etc. (1991: 429-430. Mayúsculas en el original)

La caracterización de Boman sobre la casa en Susques tiene un evidente valor documental dado el detalle de sus observaciones. De hecho, esto está vinculado con una voluntad de rescate o registro de conocimientos y prácticas constructivas locales que, según entiende, estaban en camino de perderse. A lo largo de su texto podemos encontrar dos claves de escritura: por un lado, un relato más íntimo de las alternativas del viaje en el que se entrega a las impresiones más descarnadas sobre la Puna y su población; y por el otro, las descripciones específicas, como las que incluimos sobre las casas, en las que pretende dejar de lado sus opiniones personales para construir una "lectura objetiva", ascética.<sup>9</sup> En la aproximación que se propone, las casas, u otros objetos, son aislados de sus contextos, y de este modo de sus marcos culturales de producción que le dan sentido. La operación implica definir modelos estereotipados y en los que no hay lugar para la individualidad en los modos de hacer y que llevan irremediablemente a una construcción homogeneizada del otro (Cicerchia, 2005).<sup>10</sup>

Al mismo tiempo, es posible reconocer, a lo largo de su texto, dos miradas que están vinculadas entre sí: por un lado, una aproximación claramente civilizatoria en la que se condenan las prácticas de la población puneña y se afirma la necesidad de políticas que impulsen el "progreso" de la región; pero por otro lado por momentos, emerge un acercamiento marcado por una suerte de admiración hacia lo que observa. Estas construcciones románticas son clásicas en los textos de la época y se vinculan con la consideración de estas poblaciones como una suerte de reservorio de valores prístinos que la sociedad moderna ha perdido en su acelerado camino de progreso. Hemos señalado esta dualidad a lo largo del artículo en relación tanto con la población como con su arquitectura. Ninguno de estos viajeros duda sobre la necesidad de que se encaren transformaciones profundas en la Puna, pero subsiste una cierta nostalgia por las consecuencias de esos cambios. Las miradas civilizatorias y románticas están íntimamente vinculadas: a pesar de sus diferentes retóricas, en ambos casos se trata de construcciones ajenas a los puntos de vista de las poblaciones locales.

### ***Las reglas de la naturaleza***

Holmberg asumió por momentos este tipo de descripción técnica, aunque busca acercarse a una cierta interpretación de las características de las casas locales. Su postura parte de un crudo determinismo ambiental, aproximándose en parte a las definiciones sobre la “vivienda natural” que hemos considerado más arriba:

En las punas, buscan para hacer sus casas los parajes resguardados de los vientos: las habitaciones son pequeñas, a fin de que recojan bien el calor; bajas, pues la altura es superflua y por la razón anterior; y, aunque las lluvias son casi nulas, frecuentemente el ángulo de la techumbre es agudo, como en las comarcas lluviosas, debido a la nieve. Las paredes son siempre de piedra, viéndose algunas de adobe, los techos de pastos de puna y sostenidos por travesaños o tirantes de cardón. (1988: 74-75)

Y en otro párrafo:

Tomando de tipo el hogar rústico, cuya construcción no ha sido determinada por más reglas que las impuestas por la naturaleza —el rancho por ejemplo— vemos que en las regiones lluviosas es de techos bien inclinados, en las zona calurosas de paredes que apenas ocultan el interior a las miradas de los extraños, permitiendo el paso del aire al través; en otras usando apenas un resguardo contra los rocíos de la noche, o, como en San Luis y San Juan donde las lluvias son raras, construyendo los techos completamente horizontales. (1988: 74)

En estas descripciones la idea de que las casas no tenían más reglas que las de la naturaleza se relacionaba con lo primitivo de sus habitantes dominados todavía por la naturaleza tanto en su carácter como en sus costumbres y producciones. En otros términos, la arquitectura se vuelve el resultado inevitable de una suma de variables ambientales, en donde no tienen lugar las trayectorias históricas, las relaciones sociales, las tramas de significados o las prácticas culturales locales. Las fotografías que acompañaban estos textos ayudaban a crear esa imagen. En la que usó Cerri para mostrar el pueblo de Susques, eligió una toma distante que abarcaba las montañas de los alrededores y el poblado que aparecía perdido entre los cerros formando parte de la misma construcción. Dávalos recuperó explícitamente la muy arraigada idea de mimesis: “sus ranchos, adosados por mimetismo al medanal o a la roca, se disimulan con el color del suelo en que se alzan” (1930a: 14).

### ***La mirada higienista***

Tal como ocurría con los pobladores, las casas también eran atravesadas por una mirada higienista que no encontraba límites en su espanto. Las casas eran expresión y causa de los problemas observados, pero también eran un escenario excelente que el observador utilizaba para ubicar allí sus impresiones. Catalano lo planteó en esta línea cuando analizó el modo en que vivían los niños que iban a la escuela:

(...) habitan, pues, durante el período escolar y cerca de la escuela, míseros ranchos de adobe o simples pircas de piedra, sin puertas, sin techo muchas veces, sin pisos, llenas de agujeros por donde penetran los helados vientos de la Puna; en fin, carecen de todo lo que pudiera llamarse la menor comodidad y viven en la más absoluta carencia de higiene. (1930: 6)

La miseria y la falta de higiene estaban asociadas también con la forma en que estaba diseñada y construida la casa, como la falta de aberturas, pero fundamentalmente con los materiales que se utilizaban. El adobe, la piedra y la paja fueron asociados

irremediablemente con la pobreza. Eran la representación más acabada del atraso, de lo primitivo, frente a los nuevos materiales "modernos" que se usaban en la ciudad.

De acuerdo con Holmberg:

(...) en sus ranchos de techos bajos y sin ventilación alguna, viven amontonados hombres, mujeres, viejos, chicos y enfermos, haciendo vida común con los perros, revueltos entre cueros de guanacos, vicuñas y chivos que apestan, entre tinajas inservibles, desperdicios de las últimas comidas, aparejos de mulas, zapallos y otras cosas. (1988: 26)

En otro párrafo Catalano insistía con sus observaciones:

Impresiona mal el ánimo el presenciar la salida de esos niños y niñas de la escuela y dirigirse a sus ranchitos de no más de un metro de altura, donde viven en inmoral promiscuidad y donde, en sucios tarros o desportillados cacharros, preparan su sumaria comida que, como se ha dicho, casi sólo consiste en harina de maíz tostado o cocido con agua. (1930: 6)

La idea de lo inmoral y lo promiscuo aparecía repetidamente en los textos asociada con el modo en que se habitaban las casas y con la falta de higiene. En realidad formaban parte del mismo concepto en tanto la promiscuidad era una expresión de la falta de "higiene del espíritu". Cicerchia (2005) observó cómo en los relatos de viajeros los rasgos físicos de los pobladores se vinculaban con características morales e intelectuales. Entendemos que es posible trazar un vínculo entre el cuerpo y las casas para reconocer cómo a las definiciones de estas últimas también se le asocian valores específicos. Es decir, la inmoralidad, la promiscuidad o la dejadez son inherentes a la materialidad de la arquitectura producida por las personas y esto es reconocible en aspectos bien concretos, como el adobe o los techos de paja. Otro párrafo de Catalano, probablemente el más impresionado con la vida cotidiana de los pobladores, permite entrever estas relaciones:

(...) la mayoría de esos niños (...) carecen de la menor noción de los principales e indispensables rudimentos de la civilización. Su cama es el suelo; lecho firme y libre de los peligros de caídas y roturas, aunque no exento de frialdad y dureza. (1930: 6)

Para el cronista, dormir en el suelo sin contar con una cama es una de las condiciones que, entre otras, muestra el estado primitivo en que vivían estas personas. La totalidad de la concepción y materialización de este espacio doméstico no era más que una consecuencia de un determinado modo de vida. Es interesante observar que la vinculación entre el adobe –o la construcción con tierra en general– y la pobreza se sostiene incluso hoy en día como una pesada herencia en muchas miradas actuales sobre la arquitectura de la Puna. Yendo un poco más lejos, se debe considerar cómo estas ideas atraviesan muchas de las acciones que el Estado desarrolla en la región, por ejemplo en relación con las políticas de vivienda. Como contexto general, la construcción con tierra, en general, y el adobe en particular, siguen sin tener en la Argentina marcos normativos que permitan su uso. Esto es consecuencia de la falta de discusiones públicas al respecto pero, fundamentalmente, del sostenimiento de una estigmatización que tiene sus raíces en el tipo de discursos que hemos recorrido en este artículo. Los planteos sobre la necesidad de "erradicar los ranchos" que aparecen recurrentemente en la esfera pública pueden partir de una pretensión de "mejora" de la calidad de vida de las personas, pero encierran la negación de otros modos de producir arquitectura y construir los espacios. No es el objetivo de este artículo ahondar más en estas discusiones, pero sí puntualizar cómo muchos de los puntos de vista de los viajeros, como parte de un colectivo más amplio, se sostienen en una buena parte de las miradas actuales sobre la región.

## Consideraciones finales

A lo largo de estos diferentes relatos, las casas puneñas son presentadas desde lo que entendemos es una triple condición: expresión, escenario y causa. Expresión porque sus características reflejaban el estado “primitivo” en que vivían los pobladores, y al mismo tiempo eran la consecuencia de la escasez de recursos que tenían en un medio tan “estéril”. Eran también un escenario porque es allí donde los cronistas ubicaban las prácticas “atrasadas” de sus pobladores. El modo en que estaban organizadas las viviendas les resultaba funcional en sus discursos sobre la falta de civilización. Finalmente, eran causa porque eran presentadas como un espacio que no favorecía al progreso de los pobladores. El cambio de las casas por otras más “modernas”, desde su perspectiva, seguramente hubiera sido una influencia positiva sobre los pobladores, al igual que la presencia de personas provenientes de los grandes centros urbanos.

Las descripciones que se realizaban de los pueblos y sus casas construían un marco en el que la intervención del Estado se hacía indispensable para sacar a los pobladores de esa situación. Cada uno de estos textos colaboró en la construcción de un cierto imaginario sobre la Puna, sus pobladores y también su arquitectura, que funcionó como una justificación de las acciones que con el tiempo el Estado argentino fue tomando en el territorio. Las tres partes de las descripciones que hemos seleccionado, el medio natural, los pobladores y su arquitectura, estaban absolutamente encadenadas dentro de los textos y las adjetivaciones utilizadas eran prácticamente las mismas. El atraso de las casas de estos “indios huraños” en una naturaleza “horrorosa” constituían una fórmula que era totalmente funcional a la mirada de un Estado que pretendía intervenir en ese territorio. Estas definiciones sobre el área puneña, su población y sus espacios de habitación, al igual que otras prácticas y producciones, son consideradas desde su distancia y diferencia con “lo normal”, definido como lo propio del mundo occidental-europeo que se corporiza en las ciudades. De esta manera, como lo planteamos, apelan en sus descripciones a ese ciudadano que se siente parte de los ideales del progreso.

La arquitectura se constituía como una variable significativa en estos textos puesto que se transformaba en un testimonio material privilegiado para indagar en el nivel de progreso social de las poblaciones sujetas a observación. Las viviendas brindaban la posibilidad de aproximarse a un tema clave como es la relación entre la sociedad y el medio natural, en general desde miradas dominadas por un cierto determinismo ambiental. En este marco, hemos visto cómo algunas de las caracterizaciones presentes en los relatos enfatizaban dos cuestiones. Por un lado, su “miseria” general, que era indisociable de la pobreza social, la falta de limpieza y la inmoralidad en las prácticas. Por el otro, la manera en que las casas, en sus materiales y morfología, respondían en forma directa a las condiciones ambientales y no a cualquier tipo de definición social, histórica o cultural. Este dominio del ambiente por sobre las personas permitía enfatizar el carácter primitivo de estas sociedades, que mantenían una suerte de condición natural prístina previa a la civilización. Esta interpretación provocaba tanto el espanto de los observadores como una especie de seducción que no siempre lograban ocultar en sus textos.

Las imágenes creadas sobre la Puna, en las que estos viajeros tuvieron una participación fundamental, han demostrado ser lo suficientemente poderosas, logrando tener una gran persistencia. Es notable como muchas de las observaciones que realizamos actualmente sobre la Puna de Atacama siguen teniendo la misma carga valorativa y tienen como una pesada herencia la mirada de estos viajeros de principios del siglo pasado. La asociación de la Puna con lo árido, la altura y el malestar físico, en síntesis el mismo ambiente “hostil”, siguen apareciendo con fuerza en las descripciones como

si fueran algo obvio. No son pocos los textos en los que, sin importar el tema de que se trate, el dato de la altitud o el régimen anual de precipitaciones antecede los análisis como si fuera una información ineludible para comprender la realidad social puneña.

Como lo hemos esbozado, esto mismo atraviesa el diseño de muchas políticas públicas, en las que la Puna sigue siendo un espacio a ser transformado, inviable bajo las lógicas de sus pobladores, y necesitado de acciones externas que lo resuelvan. Al mismo tiempo, aunque los puntos de partida han sido significativamente revisados, la estigmatización de las viviendas de adobe y los prejuicios sobre el uso de ese material para la construcción siguen vigentes. Por un lado, las miradas transformadoras, basadas en perspectivas desarrollistas, que insisten con discursos higienistas, con la lectura de la pobreza o la falta de estabilidad de las construcciones. Por el otro, las lecturas orientadas a una valorización externa de técnicas y producciones, conceptualizadas como saberes esencializados, ajenos a las transformaciones en su historia. Ciertamente, ambas construcciones dejan de lado las perspectivas de los sujetos, y suelen estar presentes, con matices, en las aproximaciones de muchos de los que trabajamos sobre la temática.



## Notas

---

- 1 En tanto el objetivo de este texto es concentrarse en quienes recorrieron el área a partir de la anexión a la Argentina, no consideraremos en particular a los viajeros que lo hicieron previamente. En todo caso, vale considerar que aquellos que visitaron la Puna de Atacama desde comienzos del siglo XX seguramente tenían conocimiento de los textos previos. Sin ir más lejos, Boman (1991 [1908]) hace referencia en su publicación a diversos trabajos previos, entre ellos al de Bertrand (1885). En su mayoría, se trata de campañas de reconocimiento del territorio que Chile había incorporado a través de la Guerra del Pacífico, y no muestran un particular interés por las tierras ubicadas al este de la cordillera, es decir lo que se conoce como Puna de Atacama. En general, sus impresiones sobre la población del área son muy similares a las que dejaron los funcionarios, técnicos y científicos que recorrieron la región posteriormente. En todo caso, recuperaremos oportunamente algunos fragmentos de sus descripciones.
- 2 La publicación de las notas de Dávalos no fue un hecho aislado en los principales diarios porteños de la época. Entre las décadas de 1920 y 1930, tanto *La Prensa* como *La Nación*, particularmente en sus secciones ilustradas o de rotograbado, presentaron constantemente crónicas de viajes por los pueblos del noroeste argentino, Bolivia o Perú, artículos sobre la arqueología de la región, los “relatos puneños” de Fausto Burgos o notas sobre distintas prácticas rituales de las poblaciones andinas.
- 3 En términos similares se había expresado Bertrand, durante el período bajo control chileno, con expresiones muy drásticas respecto a la pulcritud de la población: “Respecto a sus costumbres, confesamos que su esterilidad repugnante no nos invitó a estudiarlas muy de cerca; creemos que el lavado es una operación desconocida entre ellos” (1885: 277).
- 4 Las ideas de tristeza o melancolía aparecen también relacionadas con la pasividad de carácter, algo que ya había sido referido con anterioridad por Bertrand: “Los indios atacameños poseen una pasividad en mayor grado que quichuas i aimaraes, pero una pasividad siempre negativa, pues su primer movimiento i con frecuencia el último es *no hacer* lo que se les pide, sin entrar a considerar si es o nó de su conveniencia” (1885: 276).
- 5 Al respecto de los materiales, Morgan (2013 [1877]) ubicaba el uso de la piedra y los adobes como uno de los rasgos que marcaban el pasaje de una condición primitiva a otra bárbara.
- 6 En concreto, estas tradiciones tuvieron una fuerte influencia en la ciencia argentina de la época, involucrando no solo a los geógrafos. En este marco se produjeron numerosos trabajos sobre la “vivienda natural” o la “vivienda rural” para distintos lugares del país (por ejemplo, Kühn, 1924; de Aparicio, 1931; Ardissonne, 1937; Márquez Miranda, 1945; Chiozza y de Aparicio, 1961).
- 7 Un punto recurrente en los relatos es el “problema” de la falta de residencia permanente en los centros poblados. En efecto, hasta muy avanzado el siglo XX la población en este sector de la Puna seguía manteniendo exclusivamente un asentamiento disperso con una alta movilidad relacionada con el sostenimiento de los rebaños. Las políticas estatales, precisamente, tendieron a lograr una sedentarización de los grupos domésticos estimulando y forzando su radicación en estos centros poblados (Tomasi, 2011a).
- 8 El interés de Boman en los techos no es un caso aislado. Vale la pena recordar la descripción de Metraux sobre los techos de las casas circulares de los chipayas: “La construcción de estos techos de paja, capaces de resistir las terribles tormentas del altiplano, es una verdadera obra maestra: los arcos que soportan la cúpula son hechos con haces de ‘tolas’ atadas por los extremos y encajadas en huecos abiertos en la parte superior de las paredes. Sobre esta armazón los

chipayas extienden una especie de linóleo hecho de paja y barro, que impermeabiliza el techo. Todo el techado es cubierto con paja sólidamente fijada por una red, cosida a la armazón” (Boman, 1931: 106-107).

- 9 Si bien esto es válido para la mayoría de los viajeros que hemos considerado, lo cierto es que se vuelve particularmente claro en el caso de Boman.
- 10 Este mismo autor observa, en relación con las descripciones físicas de las poblaciones indígenas, cómo la imposibilidad de identificar rasgos individuales es un rasgo de la falta de civilización. Vale la pena considerar que este tipo de concepciones se hacen presentes en las descripciones que enfatizan cómo las casas puneñas son todas parecidas entre sí.

## Bibliografía

- » Andermann, J. (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- » Ardissonne, R. (1937). "Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales en la provincia de Jujuy". En *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, tomo V. Buenos Aires.
- » Benedetti, A. (2003). "Imágenes de una geografía desconocida. El Territorio de Los Andes a principios del siglo XX". En *Revista de Estudios Trasandinos*, 8 y 9, 181-212, Mendoza.
- » ———. (2005). "Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de Los Andes (1900-1943)". Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (inérita).
- » Bertrand, A. (1885). *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama i rejiones limítrofes presentada al Señor Ministro del Interior*. Santiago de Chile, Imprenta Nacional.
- » Boero, J. (1941). *Geografía de la Nación Argentina (estudio fisiográfico y humano)*. Buenos Aires, Ángel Estrada.
- » Boman, E. (1991 [1908]). *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- » Buchli, V. (2013). *An Anthropology of Architecture*. Londres, Bloomsbury.
- » Castro, H. (2007). "Otras miradas, otros lugares. Los relatos de viajeros en la construcción de la Puna argentina. En Zusman, P., Lois, C., Castro, H. (eds.). *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*, pp. 93-113. Buenos Aires, Prometeo.
- » Catalano, L. (1930). *Puna de Atacama (Territorio de Los Andes). Reseña geológica y geográfica*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- » Cerri, D. (1993 [1903]). *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- » Cicerchia, R. (2005). *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Buenos Aires, Troquel.
- » Chiozza, E. M., de Aparicio, C. (1961). "Vivienda Rural". En de Aparicio, F., Difrieri, H. (dirs.). *La Argentina. Suma de Geografía*, tomo VII. Buenos Aires, Peuser.
- » Dávalos, J. C. (1930a). "En la Gobernación de Los Andes. Susques". En diario *La Nación*, 13 de abril, p. 14. Buenos Aires.
- » ———. (1930b). "Notas de viaje en la Gobernación de Los Andes. Cobres". En diario *La Nación*, 16 de marzo, p. 6. Buenos Aires.
- » De Aparicio, F. (1931). *La vivienda natural en la Región Serrana de Córdoba*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- » Göbel, B., Delgado, F. (1993). "Estudio preliminar". En *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*, pp. I-VIII. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- » Gutiérrez, G. (2003). "Patagonia, ¿una región sin realidad?". San Carlos de Bariloche, Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana. Disponible en: [http://www.iceph.org.ar/pdf/patagonia\\_una\\_region\\_sin\\_realidad.pdf](http://www.iceph.org.ar/pdf/patagonia_una_region_sin_realidad.pdf) (consulta: 29-05-2015).

- » Holmberg, E. (1988 [1900]). *Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama)*. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- » Krotz, E. (1988). “Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos”. En *Nueva Antropología*, vol. IX, N° 33, 17-52. México DF.
- » ———. (1991). “Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico”. En *Alteridades* 1(1), 50-57, México DF.
- » ———. (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México, Casa Abierta al Tiempo/FCE.
- » Kühn, F. (1924). *Material de observación para la ecogeografía argentina. Algunos tipos de viviendas rurales*. Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- » Lois, C. (2002). “De desierto ignoto a territorio representado. Cartografía, Estado y Territorio en el Gran Chaco argentino (1866-1916)”. En *Cuadernos de Territorio* 10. Buenos Aires, Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- » Márquez Miranda, F. (1945). “El ambiente geográfico y la vivienda rural en Iruya y Santa Victoria (Provincia de Salta)”. En *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, tomo VII. Buenos Aires.
- » Metraux, A. (1931). “Un mundo perdido. La tribu de los Chipayas de Carangas”. En *Sur* 1 (3), 98-131. Buenos Aires.
- » Morgan, L. H. (2013 [1877]). *Ancient society*. Arizona, University of Arizona Press.
- » Muñoz, S. (1894). *Jeografía descriptiva de las Provincias de Atacama i Antofagasta*. Santiago de Chile, Imprenta Gutemberg.
- » Navarro Floria, P. (2006). “Paisajes del progreso. La norpatagonia en el discurso científico y político argentino de fines del siglo XIX y principios del XX”. En *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. X, N° 218, agosto. Barcelona. Disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-76.htm> (consulta: 22-05-2015).
- » Pratt, M. L. (1997). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.
- » Ratzel, F. (1914 [1891]). *Geografia dell'Uomo (Antropogeografia). Principi d'applicazione della scienza geografica alla storia*. Milán, Fratelli Bocca.
- » Sanhueza Tohá, M. C. (2001). “Las poblaciones de la Puna de Atacama y su relación con los Estados Nacionales. Una lectura desde el archivo”. En *Revista de historia indígena*, 5, 55-82. Santiago de Chile.
- » Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires, Prometeo.
- » Tomasi, J. (2011a). “Geografías del pastoreo. Territorios, movilidades y espacio doméstico en Susques (provincia de Jujuy)”. Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (inérita).
- » ———. (2011b). “Mirando lo vernáculo. Tradiciones disciplinares en el estudio de las ‘otras arquitecturas’ en la Argentina del siglo XX”. En *Área. Agenda de Reflexión en Arquitectura, Diseño y Urbanismo* 17, 69-82. Buenos Aires.
- » Vidal de La Blache, P. (1922). *Principes de géographie humaine publiés d'après les manuscrits de l'auteur par Emmanuel de Martonne*. París, Armand Colin.
- » Zusman, P. (2006). “Geografías históricas y fronteras”. En Hiernaux, D., Lindón, A. (dirs.). *Tratado de Geografía Humana*, pp. 170-186. México, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.

- » Zusman, P., Lois, C., Castro, H. (2007). *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Buenos Aires, Prometeo.

### **Jorge Tomasi**

Arquitecto por la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. Magíster en Antropología Social (ISES-IDAES-UNSAM). Doctor de la Universidad de Buenos Aires, área Geografía (Facultad de Filosofía y Letras) e Investigador Asistente del CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto Interdisciplinario Tilcara (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Desde 2004 trabaja en la Puna de Atacama, particularmente en Susques dentro de la provincia de Jujuy, investigando desde una perspectiva etnográfica, sobre las arquitecturas, espacialidades y movilidades de los grupos pastoriles de tierras altas. En este contexto se ha concentrado particularmente en las lógicas de la construcción con tierra en esta área y en cómo estas técnicas han cambiado en los últimos años.